

Y si para conciertos filarmónicos
Suple al convite contrahacerse músico
Para asistir á fiestar diplomáticas
El disfraz diplomático es el único.

Y me di á buscar un uniforme que se pudiera acomodar á la corporal estructura gerundiana. Afortunadamente se me deparó uno que me venia como de molde y parecia hecho de encargo para mí, y aun llegué á convencerme que á veces las casualidades son mas sábias, y tienen mejor tijera que los sastresmas afamados: ¡ tal ajustaba á mi gerundiano cuerpo el préstamo diplomático indumentario !

Con todo, no consideraba yo esto bastante todavía para poderse presentar ante la majestad de Luis Felipe la paternidad diplomática de Fr. Gerundio; y á falta de credenciales, era menester un apoyo que autorizara de alguna manera la presentacion del supuesto Encargado de negocios, y aun que le guiara en un teatro cuya maquinaria le era enteramente desconocida. Tambien quiso la buena suerte depararme este oportuno arrimo, habiendo tropezado con un plenipotenciario de los verdaderamente convidados á la funcion de Compiègne, el cual no solo acogió con entusiasmo mi pensamiento, sino que le auxilió y fomento cuanto de su parte estuvo.

Partimos, pues, los dos diplomáticos apócrifo y genuino, á las siete de la mañana corriendo la posta, y despues de habernos detenido á almorzar por espacio de mas de una hora en la pequeña ciudad de *Senlis*, notable por la elevadísima aguja de la torre de la catedral que parece lleva ánimo de abrir un ojal en el cielo, atravesámos unos inmensos y frondosísimos bosques de espesos y corpulentos robles, donde suelen hacerse las cacerías reales. Al bajar la pendiente de una colina, encontramos al ministro de la legacion de Constantinopla, que solo se distingue ya por el gorro encarnado con una gran borla que lleva en la cabeza, vistiendo en todo lo demas á la europea. Poco mas adelante hallámos al hermano *Guizot* que se dirigia á Paris. Mi compañero le saludó muy cortesmente, y el ministro de negocios extranjeros por su parte nos correspondió con la mayor finura y urbanidad. Los dos se conocian: yo, modernísimo diplomático, era la primera vez que veia á *Mr. Guizot*.—¿ De qué os reis? me preguntó el compañero.—¿ No he de reirme? le contesté: ¿ cómo se figurará el amigo *Guizot* que acaba de saludar á quien tantas veces le ha hecho tema de sus bromas periodísticas? ¿ Cómo se figurará que á quien acaba de ha-

cer los honores es el mismo que en 10 de Noviembre de 1840 se persignaba diciendo:

Por la señal
de la santa cruz †
libranos señor,
de Guizot y de Soult.
Por el Dios de Sabaot,
nadie extrañe me persigne,
pues tengo por ganga insigne
el ministerio Guizot.
De nuestros enemigos
libranos señor (1)

El mismo que en 20 de Diciembre del propio año le cantó con motivo de la derrota que habia sufrido en la Cámara aquellas coplas que empezaban:

Al ver, Monsieur, tu derrot,
acabado en *t*,
aquí lloró Don Quijot,
suprime la *e*,
la derrota de *Guizot*.
¡ Caramba y olé (2).

Á medida que nos acercámos á *Compiègne*, los postillones que estaban de servicio eran mas lujosos, su uniforme no dejaba de ser singular, y en derredor de sus sombreritos encerados ondeaban nuevas y vistosas cintas de raso de diversos colores.

Serian las dos de la tarde cuando el carruaje de los dos diplomáticos entró desemperando en el patio interior del palacio real de *Compiègne*. Al momento acudieron dos dependientes vestidos de gala á recibir á los recién llegados, mientras otro con un libro en la mano se acercó á preguntarnos nuestros nombres para la competente anotacion. Primer compromiso para mí, si no llevara ya estudiado el nombre y la categoría con que habia de ser conocido en la régia morada. En seguida fuimos conducidos á la habitacion que nos correspondia con arreglo á nuestra clase.

Dos dias de huésped en el palacio de Luis Felipe.

Nuestra primera operacion fué hacernos la *toilette*, y en seguida convertirnos de viajeros en diplomáticos, para presentarnos al rey

(1) Tomo 12, Capillada 300.

(2) Idem, Capillada 310.

cuando mas oportuno nos pareciese. Digo «cuando mas oportuno nos pareciese,» porque no dejaba de tener que estudiar la ocasion en que deberíamos verificarlo por la parte que á mí me concernia, pues no era cosa de *frivolité* el tener que jugar aquella partida á un rey como Luis Felipe, que no es por cierto de los que se dejan meter el dedo en la boca, como dice el vulgo español. Me pareció muy conveniente reparar ántes mi diplomático estómago para vigorizar al propio tiempo el cuerpo y el espíritu á guisa de guerrero cuando se dispone á entrar con vigor y sin aprehension en la batalla. Habíamos encargado y nuestro ayuda de cámara, el buen *Jacques*, que procurara averiguar cuando el rey tuviese mas gente el salon de recibimiento, y tan luego como vino á decirnos «ahora» nos encaminámos á hacer nuestra presentacion.— ¿ Á quién tendré el honor de anunciar? fuimos preguntados.— Al embajador de..... y al secretario de la embajada de.....— Entrad, señores, si gustáis.

Y caten Vds. á Fr. Gerundio en presencia del rey de los franceses confundido con los representantes y plenipotenciarios de casi todas las naciones. Los pensamientos que á mi gerundiana imaginacion se agolparian en aquel pequeño rato, lo podrán discurrir bien los lectores que estén al alcance de las relaciones que entre Luis Felipe y Fray Gerundio han mediado siempre. Y tambien podrán discurrir, que aunque el tiempo estuviera algo frio, como lo estaba realmente, faltaba poco para que por mi rostro corrieran gotas de sudor por si á S. M. le daba el capricho de fijarse ó de dirigir alguna pregunta á mi sudorosa persona. Afortunadamente estas escenas son de corta duracion, y el rey se limitó á decirnos en general : « que estaba lleno de satisfacion al verse rodeado de los dignos representantes de las potencias amigas, y que tenia la mayor confianza de que continuaríamos dándole las mismas pruebas de amistad y benevolencia que hasta entónces habia recibido. » Contestóle uno de los compañeros brevemente ofreciéndole las mismas seguridades, ratificándolas yo con un signo de cabeza sumamente expresivo, con lo que tuvo el mas feliz remate aquella primera escena.

Nosotros nos retirámos á nuestra habitacion y el compañero me felicitó con un abrazo por la propiedad y desembarazo (eso Dios y yo lo sabemos) con que habia desempeñado mi papel. Ya teníamos allí los billetes de convite para la funcion del teatro de aquella noche. Llegada la hora de comer, yo tuve por muy conveniente advertir á los criados que no asistiría á la mesa de Es-

tado ; sino que comería en mi habitacion, con motivo de hallarme algo indispuerto, y así se verificó con mucho beneplácito suyo, á juzgar por la obsequiosidad con que me sirvieron. La verdadera causa era evitar una peripecia que era muy posible pudiese ocurrir en la mesa. Pero crean Vds. que no se come mal en el palacio de Luis Felipe, aunque sea aparte ; y los sirvientes debieron conocer en el consumo que no era de mucho cuidado mi indisposicion.

Como yo despaché ántes que en la mesa real, aproveché aquel intersticio para brujulear la estadística precautoria interior y exterior de palacio, y vi por mí mismo la multitud de guardias, de gendarmes, y de empleados de confianza, vulgo espías, que guarnecen por dentro y fuera la mansion del rey ciudadano. Sin embargo, en obsequio de la verdad debo decir, que á mí desde que me veian asomar, todos me quitaban muy rendidamente el sombrero y me acataban al pasar respetuosamente. Á pesar del espionaje, yo pasaria para ellos por el embajador de Rusia, ó de la Gran Bretaña, y era Fr. Gerundio que se reía de los espías de Luis Felipe.

Á la hora del teatro acudí á ver la funcion. Como no habia asistido á la mesa, no creí deber incorporarme con el cuerpo diplomático, y preferí ocupar una de las lunetas confundido con la plebe de generales, inspectores, diputados y demas que aquellos sitios ocupaban. Un poco les llamaba la atencion á los que junto á mí estaban, y conociales que procuraban con mucha curiosidad leer los letreros de los botones, lo cual impedia yo haciendo algun movimiento y estoy seguro que dirian : « ; qué popular se conoce que es este diplomático ! sin duda es el representante de alguna de las nuevas repúblicas de América. »

El teatro de palacio es obra de Luis Felipe, y dirigida por él, en lo cual tiene él su poquito de vanidad ; y de su aficion á la edificacion y reparacion de obras, en que no deja de ser inteligente, le viene el llamarle muchos en Francia *le Roi maçon* : « el rey albañil. » El teatro es pequeñito, pero lindo. Cuando yo entré estaban ya ocupadas las dos largas galerias corridas que hay á un lado y á otro por dos filas de damas de corte, vestidas de gala, entre todas como unas ciento, que hacian un golpe de vista sumamente agradable. Á poco rato entró el rey, la familia real, las damas de servicio, el cuerpo diplomático y los ministros, ocupando todos la espaciosa tribuna ó llámese palco de frente del escenario, en el orden siguiente : en medio el rey y la reina ; á

su derecha la duquesa de Nemours, madama Adelaida, hermana del rey, y el duque de Orleans; á la izquierda la princesa Clementina, única hija soltera del rey, la duquesa de Orleans, y el duque de Nemours; detras las damas, y mas atras y á los lados formando un semicírculo el cuerpo diplomático y ministros, todos, incluso el rey y su familia, de gran gala.

Hallábanse allí la duquesa de Albufera, la condesa Cabannes, el vizconde y vizcondesa Germiny, M. Kois, embajador de Dinamarca, el baron Stokinsen, ministro de Hannover, el conde de Lehon, ministro plenipotenciario de Bélgica, el Sr. Olózaga, que lo era de España, Thom, encargado de negocios de Austria, el baron de Schaeten, Mr. Salvandy, el mariscal Soult, Mr. Human, M. Dufaure, y otros de que no me acuerdo ya: ah, y yo Fray Gerundio, que tenia frente por frente y á distancia de dos pasos á Luis Felipe, con cuyo motivo pude contemplarle ántes de dar principio á la funcion y en los entre actos tan á mi sabor como podia apetecer; no así durante la representacion, porque entónces tenia el gusto de volverle la espalda, como está temiendo él á cada paso que se la vuelvan los ingleses, lo cual le importaría algo mas.

Luis Felipe, á pesar de sus 71 navidades y de su pelo blanco, estaba robusto y bien tratado, y nadie á no saberlo le echaria su verdadera edad; su presencia es de rey, y en su fisonomía se lee la travesura gubernamental y el talento político. La reina es una señora consumidita, en cuyo semblante se vislumbra un aire marcado de apacibilidad y hasta de virtud, y si se quiere hasta de mistiquez y asceticismo, con ciertas impresiones de sentimiento que no puede desechar por los atentados á las vidas de su esposo y de sus hijos. Madama Adelaida, jóven de 67 años, soltera, es un Luis Felipe vestido de mujer: tanto es parecida á su hermano: la hacen señora de mucho talento. La princesa Clementina no representa los 24 años que tiene, y sin ser un Gall, se conoce que no ha heredado todo el espíritu de su padre y de su tia. La duquesa de Orleans, que en lo rubia no desmiente su país natal de Meklemburgo, de regular talla y pronunciadas y bastante buenas facciones, tiene toda la frescura que puede tener á los 27 años. La de Nemours, jóven de 20 primaveras, de baja estatura, es sumamente agraciada, y á juzgar por su rostro, debe poseer un alma cándida y bondadosa. Los duques de Orleans y de Nemours, ambos con barba y bigote, rubio el primero y negro el segundo, uno y otro son bien parecidos y de bastante esbeltas figuras. Se les co-

noce educados para ganarse popularidad, y de ello puedo certificar algo habiendo tenido ocasion de fumar un cigarro del de Nemours en su compañía, sin conocersele su elevado rango si de antemano no lo hubiera sabido. En general la familia real de Francia es como decimos los españoles, una familia lucida. El príncipe de Joinville, y los duques de Aumale y Montpensier, hijos menores, no se hallaban allí.

Representáronse aquella noche dos piecitas tituladas « *La demoiselle à marier,* » y « *Bocquet, père et fils.* » Los actores no me parecieron sobresalientes. En un entre acto se nos sirvió un refresco de helados. Yo tomando mi sorbete, colocado de pié como todos en faz de Luis Felipe, alternaba mis miradas entre él y el hermano Soult, que eran con quienes mas habia tenido que hacer en mis tareas periodísticas; y no podia ménos de exclamar para mis diplomáticos botones: « ¡ para que se vea lo que es el mundo ! Despues de tantas veces como he hecho á Luis Felipe objeto de mis gerundianas capilladas (siempre tratándole con el respeto que se merece, eso si), héme aquí obsequiado por él, hospedado en su casa, comiéndole el pan, y regalado con sorbetes. » En seguida miraba al hermano Soult, y se me venian á la memoria aquellas coplillas que le canté cuando andaba buscando un ministerio, y que principiaban :

« Voto á la Fuente Aganipe,
voto á San Luis, Mariscal,
voto á mi calzon de tripe,
que te hace hacer Luis Felipe
un papel original,

Mariscal (1).

Y me reia yo como un tonto de considerar lo que era el mundo. Concluida la funcion, nada tuvimos que hacer sino irnos á acostar, y así se verificó, siendo testigo de la etiqueta con que la familia real se daba las buenas noches. Yo dormí mejor que un príncipe, y mejor que si hubiese sido embajador de véras.

Al día siguiente era la gran revista. Pero no tan temprano que no tuviésemos tiempo de hacer otras cosas ántes. En primer lugar con aviso que recibimos de la reina de que se iba á celebrar la misa de familia, pasámos á la capilla, teniendo con este motivo el gusto de darnos los buenos dias *toda la familia de casa*. En se-

(1) Capillada 144 de 17 de Mayo de 1839.

guida se nos sirvió el desayuno, y concluido salimos el compañero y yo á dar una vuelta por la poblacion. Visitámos algunos templos, vimos el castillo en que fué hecha prisionera la famosa Juana de Arco por los ingleses en 1430, y el arco triunfal erigido por la ciudad á la entrada de los duques de Nemours despues de su casamiento, en el cual aun se leia : « *La ciudad de Compiègne á SS. AA. RR. el duque y la duquesa de Nemours.* »

Regresado que hubimos á nuestra casa, y miéntras llegaba la hora de la revista, yo me entretuve en escribir una epistola á mis suscritores de España (que á su tiempo recibirian), con la misma pluma con que este capítulo estoy escribiendo; y aquí me permitirán mis lectores que haga un pequeño acto de contricion por el único hurto que he hecho en toda mi vida, pues aunque el robar un Fray Gerundio una pluma á Luis Felipe me parece que no pasará de un pecado muy venial, y ademas he tomado várias veces agua bendita para borrarle, con todo soy muy escrupuloso en materias del sétimo mandamiento, y cuanta penitencia pueda hacer me parece poca; y si bien conozco que la mejor penitencia en estos pecados es la restitution, conozco tambien que me falta la suficiente virtud para restituirsela; estoy dispuesto, sí, á remunerarle en especie regalándole cuantas plumas guste; pero en punto á volverle la misma, me reconozco impenitente, no me hallo dispuesto á renunciar el gusto de decir cuatro cosas al hermano Luis Felipe con su misma pluma cuando se ofrezca, y no me queda otro recurso que el de borrar el pecado á fuerza de oraciones, y si estas no alcanzan y me condeno... ¡ ah! no, no lo puedo creer de la misericordia infinita de un Dios que nos conoce á Luis Felipe y á mí, y está penetrado de mis sanas intenciones.

La mañana se puso crudísima de agua y viento, y ya perdíamos las esperanzas de que pudiera efectuarse la revista; pero llegó la hora y todo se puso en movimiento; el rey no se habia acobardado, y se disponia para salir. La comitiva emprendió el camino del campo de *Converlieu*, donde aguardaban las tropas. Al horizonte le dió el antojo de despejarse por un rato, pero aun no habíamos llegado á dar vista al ejército, cuando el Sr. Horizonte varió de humor, frunció el ceño, y nos descargó un aguacero acompañado de viento tan recio como frio, que nos hizo desconfiar enteramente de que la revista se verificase. « Por lo ménos el rey, decía yo, no podrá salir de la carretela. » Pero me engañé, pues apenas llegámos al campo, vi á Luis Felipe salir del coche con toda resolucion, y comodándose un capote de hule, montó

con la ligereza de un jóven sobre un caballo blanco que le tenian dispuesto, y seguido de varios generales tambien á caballo y de los coches de nuestra comitiva, dió principio á la revista de los cuerpos, que le iban saludando á su torno con el grito de : « *vive le roi!* » Casi todos los revistó con el sombrero en la mano, cayendo el agua sobre su blanca cabellera que era un alabar á Dios. Puso por su mano las corbatas, y las tropas hicieron algunas evoluciones, durando el todo de la funcion por espacio de mas de dos horas y média. Retirados á nuestra casa, el ejército desfiló por delante de palacio.

Yo bien me temí aquella noche una pulmonía régia, pero S. M. no tuvo novedad alguna, que no fué para mí pequeño testimonio de la robustez y fortaleza del hermano Luis Felipe.

Por la tarde aprovechámos algunos claros que hubo para pasear por el hermoso y extensísimo parque de palacio, obra de Napoleon, dirigida por él, y el mas bello acaso de todos los parques de Francia. Los prados artificiales de que abunda, dispuestos en líneas espirales, dejando en medio multitud de amenos y frondosos bosquecillos, son de un efecto sorprendente; pero lo que mas admira es un deliciosísimo emparrado con verjas de hierro de una média legua de longitud. Debajo de sus enramadas y verdes bóvedas nos encontramos con *Mr. Salvandy*, nombrado ya entónces embajador de España, que paseaba con otro diplomático. Incorporámonos á ellos, ó por mejor decir, ellos se unieron á nosotros, y juntos continuámos nuestro paseo, hablando primero sobre la belleza de aquellos bosques y jardines, y recayendo despues la conversacion sobre su mision á España. Allí tuve el gusto de oír de boca del hermano *Salvandy* sus sentimientos acerca de nuestro país, que por cierto no están muy en armonia con los que acá hemos podido vislumbrar despues, atendido su comportamiento y tenacidad en la ruidosa cuestion de credenciales. Pero ya veo que no es lo mismo hablar en Compiègne debajo del emparrado del parque, que obrar en Madrid en la casa-embajada de la calle del Barquillo. Y en cuanto á los términos en que venian redactadas las credenciales, que fué y está siendo todavía el gran caballo de batalla, si lo hubieran estado como las que á mí me acreditaban cerca de Luis Felipe, no hubieran dado lugar á tantas disputas, contestaciones y casi ruptura de amistades, ó al ménos, aumento de frialdad y poca inteligencia entre ambas naciones. Otro nuevo aguacero nos hizo retirarnos.

La segunda noche no habia funcion teatral. En su defecto es-

perábamos que la jóven y amable duquesa de Nemours cantaria algunas arietas y cancioncillas que sabía, pues así se lo habíamos suplicado nos la diplomacia entera, y por mas que su modestia lo habia rehusado, exponiendo ruborosamente por una parte no poseer la habilidad del canto en términos que mereciera ser escuchada por tan distinguida concurrencia, y por otra la imposibilidad en que se reconocia de vencer su timidez natural, todavía nos lisonjeaba la esperanza de oirla. Pero no, la tímida duquesita nos dió al fin el sentimiento de privarnos de este gusto, sin el cual la reunion nocturna, política por demas y de demasiada etiqueta, ofrecia poca amenidad y si una buena dosis de secatura. Motivo por el que, despidiéndonos del rey y de la familia todo lo mas á la francesa que pudimos, porque á mí me importaba mucho evitar el exámen á que pudiesen dar lugar las largas conversaciones, nos retirámos los dos compañeros tempranito á descansar un rato, y de noche todavía emprendimos nuestro regreso en posta para Paris.

Las circunstancias del viaje de vuelta fueron un poca azarosas, y del género cómico-trágico; serian curiosas de contar, y lo hiciera si no me hubiera extendido ya demasiado en este capitulo. Pero todo lo llevé á bien, y todo lo compensaba la satisfaccion de haber llenado cumplidamente la delicada mision cerca de Luis Felipe del fingido diplomático Fray Gerundio.

El cementerio del Padre La Chaise.

Un recinto que contiene *cincuenta mil* túmulos de piedra creo que merece bien ser visitado. Y si á la circunstancia de ser el cementerio del *Padre La Chaise*, el mayor y mas notable de los muchos cementerios de Paris, se agrega el llevar el nombre de un *Padre*, de un jesuíta que fué confesor de Luis XIV, era otro razon mas para interesar á los dos exclaustrados viajeros. Así es que á pesar del poco aliciente que ofrece la visita de una mansion de difuntos, Tirabeque se prestó á acompañarme.

El paseo era largo, porque el cementerio está ya fuera de barreras, al oriente de la poblacion, y no distará ménos de una legua del centro. — Tomaremos, le dije á Tirabeque, una *Dama Blanca*. — ¡Cómo, mi amo! exclamó; ¡una *Dama Blanca* para ir al cementerio! — Creo que es lo que debemos hacer; lo mismo sería tomar una *Escocesa*, ó una *Favorita* ó una *Parisiense*, ó cualquiera otra, pero pienso que las que acostumbran á ir son las *Damas*

Blancas. — Señor, todas ellas podrán ser muy buenas para llevadas á otra parte, pero lo que es á un cementerio, tengo para mí que no es muy religioso llevar semejante gente. Pero en fin, si es empeño de Vd., opino por que llevemos dos. — No, con una tenemos bastante. — Pues yo pienso que una es poco, mi amo.

El simple ó no se acordaba ó no sabia que las *Damas Blancas*, y las *Escocesas*, y las *Parisienses*, y las *Favoritas*, lo mismo que las *Orleanesas*, las *Bearnesas*, las *Golondrinas*, las *Diligentes*, las *Batiñolesas*, las *Damas reunidas*, las *Tryciclas*, las *Constantinas*, las *Gazelas* y otras muchas, son otras tantas berlinas, ó por mejor decir, nombres de otras tantas empresas de carruajes de esta clase, cada una de las cuales posee y tiene en movimiento 20, ó 30, ó 50, ó 100, ó 200, ó 500, ó mas berlinas, que recorren periódicamente diferentes carreras. Las *Damas Blancas* parten de la plaza de *Carroussel* y llevan hasta el cementerio del *Padre La Chaise*. Subimos pues en una de estas, y no fué pequeño el chasco de Tirabeque cuando vió que era aquella la *Dama Blanca* que habíamos de llevar, ó mejor dicho, que nos iba á llevar.

Á los extremos de las calles de la *Roqueta* y *San Andres*, que son las mas próximas al cementerio, casi todas las tiendas y talleres están ocupados por escultores, marmolistas, ó lapidarios que trabajan en la elaboracion de lápidas sepulcrales, pirámides, columnas y todo lo que pertenece á los monumentos fúnebres, así como de floristas y maestros de carpintería que se ejercitan en hacer cruces, coronas de siemprevivas, y ramos y guirnaldas de flores para ornato de los senderos. — Señor, me decia mi buen Pelegrín, toda esta gente está siempre en pecado mortal. — ¡Cómo en pecado mortal! — Sí señor, porque están continuamente pecando contra el quinto mandamiento, que nos manda no desear, ni querer ni alegrarnos del mal del prójimo, y estos están siempre deseando que se muera mucha gente y muy á prisa para que les compren lápidas y cruces y coronitas, porque en el consumo va la ganancia.

No me pareció desacertado el discurso de Tirabeque, si bien, como le dije á él, son oficios necesarios y de consiguiente permitidos, que tal es la condicion de la vida humana, vivir la mitad de los hombres de los males y desgracias de la otra mitad. Apeámonos y entrámos en aquella gran *Necrópolis* ó ciudad de difuntos.

El cementerio es un inmenso bosque situado sobre porcion de colinas y poblado de todas las especies de árboles y arbustos que pueden dar una triste belleza y una amenidad sombría á estos